

"La Nación" Buenos Aires
16 diciembre 1913 3-188

(Recogido en "Lo esto
y de aquello", tomo IV)



VII

DARIO DE REGOYOS

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, noviembre de 1913.

¡Pobre Regoyos! Al fin descansa bajo tierra cubierto por ésta, en las eternas tinieblas, él que tanto amó a la tierra y que tan enamorado era del Sol y de su luz de vida. Acaso pronto crezca sobre su tumba yerba verde y fresca, esa yerba cuya frescura y cuyo verdor supo él, el pobre Regoyos, expresar con tanto amor en sus ingenuos cuadros. El Sol llorará riéndose sobre su última morada, sobre ese rinconcito en que ahora se agazapa, porque él, Regoyos, amó el llanto risueño del «sirliriri» de la llovizna irisada de mi nativa tierra vasca. Tierra que para él, para el pintor franciscano, fué su segunda patria. Porque si Regoyos nació asturiano acabó viviendo y sintiéndose vasco.

«¡Sunt lacrimae rerum!» ¡Hay lágrimas de las cosas! Así dijo el poeta latino. Y si los hombres no lloran a aquel hombre tan bueno, tan sencillo, tan ingenuo, tan hondamente humano, de seguro que lo llorarán las cosas, los montes, los cielos, los árboles, los prados, las viejas casucas lugareñas, todo lo que él tanto amó y cuya alma supo tan hondamente interpretar. Porque él, Regoyos, supo expresar eso que se llama el alma de las cosas, y no es sino el alma del hombre cuando se empapa de universo, mucho mejor que esos insostenibles cubistas y futuristas que pretenden representarla.

Hablando del cubismo, me escribía Regoyos en una de sus cartas admirables: «Lo encuentro tan odioso (a pesar de adorar la innovación en el arte), que me vuelvo con gusto a la época de los románticos: los Martínez de la Rosa en pintura sería mejor. Felices los del año 1830, que no tenían cubismos. Sobre todo que el que ha traído eso es un catalán llamado Picasso, que ha hecho japonismo, puntillismo, pintura de Cezanne, de Van Gogh, de Gauguin, etc... y paro, porque necesitaria mucho más papel para contar sus infinitos cambios. La verdad es que el tal Picasso quiere que se hable de él y en un París hace falta entrar en el Salón con su trabuco a diestro y siniestro. Total: que no hay sinceridad».

Me parece haberlos citado ya este párrafo de una carta de Regoyos en alguno de mis artículos en que os hablé aquí de pintura, pero... ¡Tienen las cartas que el paisajista que acabamos de perder escribió tal encanto! Yo creo que debían publicarse y si algún amante del arte emprende tal tarea, yo le ofrezco los que poseo. Las cartas de artistas como Regoyos, encierran siempre un grandísimo interés.

Uno de los espíritus más finos, más cultos, más comprensivos, el del joven bilbaíno que se firma con el pseudónimo de Juan de la Encina,—su nombre es Ricardo Gutiérrez Abascal,—crítico tan excelente como aun poco conocido fuera de nuestra común villa natal, el Bilbao de mis recuerdos y mis amores, y del país vasco acaba de publicar en un diario bilbaíno «El Ner-

vión», un magnífico artículo sobre Regoyos. Es un artículo henchido de piedad y de arte y de saber. Y en él hablando de las cartas del artista, dice: «Hace ya algunos años, (¡qué gran correr esto del tiempo!), le llamé yo el Pintor Franciscano, y en este momento de recapitulación veo con más claridad que nunca cuán admirablemente encajaba su espíritu en el marco del francianismo primitivo. De haber nacido en el siglo XIII y en Italia, Regoyos hubiera seguido al Poverello y con él cantado el Himno de las Criaturas. Los dichos y hechos de Regoyos, estad seguros, hubieran llegado a la posteridad en las páginas de Fioretti. El era también un escritor de Fioretti. ¡Las cartas de Regoyos! ¡Quién no las conozca, no ha conocido a Regoyos! En ellas está el hombre de cuerpo entero, con su malicia ingenua, con sus precauciones estéticas... y las otras, las que imponen la vida cotidiana, las del hombre que, aunque con algunas rentas, necesita no obstante vivir de su trabajo. Para un estudio del hombre y del artista, un estudio que hay que hacerlo y que se debe hacer en Bilbao, son docu-

mentos de un valor precioso... y hasta creo que dignos de publicarse con honores. Porque Regoyos escribía de un modo encantador. Su estilo epistolar era como su estilo pictórico; simple, preciso, claro, transmitiendo la sensación o el pensamiento, con frescura indecible».

¡Y tan verdad como es esto! El bueno de Regoyos que necesitaba vivir de su trabajo, cuando hizo una exposición de sus cuadros en ese Buenos Aires, me pidió, con el derecho que nuestra amistad le daba, que hablase de él en alguna de estas mis correspondencias. Y yo accedí, no sólo por amistad, no, sino porque era de estricta, de rigurosa justicia, porque le creía uno de nuestros más grandes artistas y porque le veía injustamente postergado. ¡Y cómo me lo pidió! ¡Qué delicia de cartas las que entonces me escribió!

Le molestaba la «réclame» y se revolvió contra las nombradías mal adquiridas en aquel falso e ignorante Madrid. Son sus palabras. La habilidad que nuestro común amigo y paisano mío Zuloaga tiene para hacer que sus cuadros suenen, le desasosagaban un poco a Regoyos, pero... «Zuloaga ya sabemos su debilidad,—me escribía,—pero es un artista que suelta algo suyo y que hay que respetar». Y en otra carta: «Al dirigirme a usted pidiéndole este favor que no acostumbro a pedir, ignoraba lo que usted haya escrito a favor del gran elbarrés, le «grand gaillard», como le llama un artista francés, de mucho talento. Encuentro que si es un dueño al buscarse la prensa a la que luego desprecia diciendo «que eso no sirve para nada», también lo merece algunas veces por su trabajo artístico». Y yo le contesté lo que es verdad y es que jamás había solicitado

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOUSAL.ES



de mí Zuloaga, ni directa ni indirectamente, que dijese nada de su obra. Aunque es cierto que alguna vez hablamos de lo grato que nos sería a ambos recorrer juntos los campos y rincones de la tierra de Martín Fierro, la Argentina pictórica.

El éxito de su exposición bonaerense preocupaba al pobre Regoyos. Estaba muy agradecido a Salaverría y a Manuel Gálvez, (hijo), que escribió un catálogo muy discreto y fino, revelador de un crítico sutil, y en que juzgaba con rara justicia la obra de nuestro gran paisajista. «Demasiado favorable para mí,—me escribía Darío,—y algún tanto largo en sus apreciaciones que a veces es contraproducente, porque no lo lee el público. Este señor Gálvez es poeta».

Desconfiaba del público y de una reputación que se lo había hecho. «Le diré a usted,—me escribía,—que mi exposición en Buenos Aires ha sido un fracaso; es decir, que he vendido cinco cuadros de cuarenta y tantos enviados y como siempre, hasta en América, vendiendo a precios bajos comparándolos con los precios de los nombres consagrados, resulta que he sacado para cubrir los grandes gastos de esos locales argentinos. Me han dicho, y con razón, que soy artista para los artistas y no para el público, que no compra más que a los «carrivés», pero a los discutidos no se permiten la osadía de comprarles, por miedo de ser engañados. De esto me tengo yo la culpa, porque habiendo sido muchas veces huésped de la sala del crimen de la Nacional de Madrid, lo lógico era parecer aún más criminal, entre los inocentes. Yo siempre fui imprevisor; esta es la dominante de mi carácter».

¡Pobre Regoyos! De él dice Juan de la Encina:

Y este sencillísimo franciscano de las epístolas fué... ¿lo diré?... un... "poseur". Sí, Regoyos fué un "poseur"... allá, en su juventud... cuando era el inseparable del gran poeta Verhaeren; cuando viajaba con Menier, el estupendo escultor de los cargadores del muelle de Amberes y de los mineros; cuando no podía conciliar el sueño sin tener cerca, como ángeles guardianes, la guitarra; en los bellos tiempos aquellos en que el maestro ahuecaba la voz nada menos que para aterririzar a los burgueses. Vedle en compañía de Verhaeren inventando modos de vestir estrafalarios. Las crónicas del tiempo señalan con pasmo un chaleco amarillo limón de Regoyos y un sombrero de copa de hojalata, pintado de rojo furioso, de Verhaeren. Eran tiempos de lucha. Aunque el impresionismo había dado y ganado la batalla definitiva, la lucha entre los pintores más avanzados de la tendencia y el público, y gran parte de la crítica, era aún más encarnizada que en los tiempos de Manet y sus amigos. Regoyos fué uno de los temerarios. Más tarde sufrió Regoyos una gran crisis moral con la muerte de su madre. Al poco contrajo matrimonio con una nobilísima dama francesa, y con esto entró el maestro en un nuevo género de vida y en la madurez de su talento.

Y este antiguo bohemio "poseur", este amigo de Verhaeren, que le ilustró su obra "L'Espagne noire" después de haber recorrido juntos España, buscaba espíritu. Hablándome de los amigos que se reunían

en un café de Bilbao, tertulia a que yo acudía siempre en mis vacaciones veraniegas en mi villa natal, me escribía: "No lo querrá usted creer, pero ninguno de los del café ha venido todavía a mi casa. Por otra parte, han decidido por sistema tomarme por un hombre que está en las nu-

bes y esto consiste en que la dominante de la conversación (cuando usted no está en Bilbao) es la política y yo nunca estaré en ese mundo de ellos. Me iría a pie al Congo por no oír hablar de política. Perdoneme usted mis odios; todos los tenemos. Gracias que tengo todavía grandes entusiasmos."

¡Y grandes amores! Y entre ellos su gran amor, el amor a la tierra, a la verdura, al cielo, al sol, a la luz. De este amor a la luz, a la luz tamizada, a la luz irisada, que tuvo Regoyos dice Juan de la Encina:

¡Y qué bello poema de luz éste que Regoyos lega a la patria España, y en particular a la tierra vascongada! Debe ser una gran cosa poder sentir la luz como este hombre la sintió. Para él la luz no era un puro fenómeno físico. La luz fué para él ser viviente con sentimientos y pasiones. En su pintura la veis representar todos los papeles, del trágico al de inefable mansedumbre. Por eso en ocasiones reparaba poco en la belleza del lugar que pintaba. ¡Con tal que la Luz estuviera presente!... Así, a las veces, su paisaje consiste en un arrabal de ciudad, en un hacinamiento de casuchas miserables... Pero ¿qué importa esto? Ved que está presente la luz, y que, generosa, derrama sobre tanta miseria riquezas que no alcanzaron los mantos de Salomón o de la reina Saba...

Y esta luz de que vivió Regoyos tan enamorado le gustaba verla cernida por la llovizna. Era la dulce y bendita luz de mi tierra vasca, su patria de adopción, la que le encantaba. Cuando tuvo que abandonar el litoral cantábrico por la costa levantina, e irse a Barcelona, donde ha muerto, por la salud de sus hijos y por la suya propia, no lo hizo sin hondo pesar. «Pronto nos veremos—me escribía desde Barcelona—porque aquí no hay inspiración. Los ríos son cauces sin agua; ¿habrá cosa más triste aunque el sol quiera alegrarlo? Cataluña es una maceta que nunca ha visto el agua. Cantabria es la maceta recién regada, pero desgraciadamente mis ideales están reñidos con los bronquios desde que han venido los achaques. Lo que antes me hacía soñar ahora me da reumatismo y me hace toser».

Y en la última de las cartas, también desde Barcelona que me escribió, me decía esto: "Salaverría también me escribió y se ve que está triste sin montañas, que le molestan las inmensas ciudades planas. Los de las montañas parece que deseamos siempre acercarnos a ellas, y así como guardándonos de la lluvia, agachándonos cerca de una pared, así nos gusta ir a las montañas y meternos en ellas con cariño. Esto me parece lo menos español de España por causa de la gente, pero diré que felizmente hay montañas y esto me consuela muchísimo."

¡Pobre Regoyos! No será el sol de Cantabria, el sol que él más amó, el que florece lento orvallo, manso "shufiri", dulce llovizna sobre la hierba verde de su tumba, ni será el verdor de mi tierra, el verdor



con que se restregaba los ojos y el corazón del alma, el que vista la tierra que arroja sus despojos. ¡Pobre Regoyos!

Pintor franciscano le llamó Juan de la Encina, y así es. Sus cuadros son un franciscano himno al Sol como el del Pobrecito de Asís.

"Altissimo, omnipotente, bon signore"

le decía a Dios, y luego

"Laudato sie, Monsignore, cum tuete le [tue creature]"

"Spetialmente messor lo frate sole..."

Y como San Francisco llama Regoyos en sus cuadros hermano al sol, hermana al agua, madre a la tierra. Pintaba fraternalmente: sentía la hermandad entre el hombre y las cosas y que nosotros y ellas estamos hechos de la misma alma; que son las cosas las que metiéndonos en el alma nos la hacen al hacerse ideas y que somos nosotros, que son nuestras ideas las que al meterse en las cosas las hacen, dándoles almas.

Todo esto que digo es, sin duda, un idealismo trascendente, a base metafísica, que acaso estaba muy lejos de profesar categóricamente, tal y como yo lo expreso, Regoyos, pero su arte pictórico, su obra artística lo expresa de manera estética. ¿Y no es el arte acaso una iniciación en la filosofía? ¿No es la expresión el necesario pelotazo de la concepción? Habrá, pues, de permitírseme que formule la filosofía, la estética, del arte de Regoyos.

¡Pobre Regoyos! ¡Y no era un artista tan inconsciente y meramente intuitivo como suponíamos, no! Se daba una cuenta bastante clara de su significación.

Dice también de él Juan de la Encina:

Fué un trabajador incansable. Eran escasas las horas del día que no estuvieran totalmente consagradas al trabajo, porque cuando no pintaba materialmente, su pensamiento estaba absorbido en lo que había de pintar. Y no son acaso las horas más fecundas de un artista aquellas en las que hace lo que las gentes llaman trabajar, sino las otras, las en que parece que se entrega a la pereza. En estas horas suele estar el secreto de la obra. Aunque pintó en todas y de todas las regiones españolas, a la vascongada fué a la que tuvo en especial predicamento. En una encantadora carta a D. Manuel Losada, cuyos términos exactos no recuerdo ahora, explicaba el pintor franciscano tal preferencia. Era la verdadera variada, la jocundidad del ambiente, la suavidad de los cielos, suavidad henchida de color, lo que llamaba con irresistible encanto al artista; era que en esa bella tierra, atrozmente mancillada tantas veces por sangre vertida en estúpidas y bárbaras contiendas, el poeta hallaba como la representación formal de su más íntimo sentir. El alma del artista y el paisaje vasco acordaban perfectamente.

Es muy exacto eso de que no son acaso las horas más fecundas de un artista aquellas en las que hace lo que las gentes llaman trabajar, sino las otras, las en que parece que se entrega a la pereza. Para trabajar hacia fuera, para los demás, hay que haber trabajado hacia dentro, para sí mismo. Regoyos había digerido sus visiones, se había adentrado el mundo visible, había convertido los paisajes en propios estados

de conciencia y había, a la vez, hecho de sus estados de conciencia verdaderos paisajes, exteriorizándolos, naturalizándolos. Regoyos, que era un hombre natural, en la más fuerte acepción de este vocablo, llegó, merced a eso, a humanizar a la naturaleza.

Y mi pueblo, mi noble pueblo, mi villa del Nervión, mi Bilbao, que es la conciencia del pueblo vasco, no le desconoció. Le fué agradecido, como sabe serlo con el que la es amador perseverante y desinteresado. Dice bien Juan de la Encina:

Y hay que decirlo también, rindiendo justicia a nosotros mismos, que en ninguna parte se comprendió, se estimó a Regoyos como en Bilbao. Lo mejor y la mayor parte de su obra está entre nosotros.

Cierto que no faltó la chirigota del eterno beocio petulante y "omnisciente"; pero duró poco y la chunga de los incomprensivos no fué del todo copiosa.

Y ahora, al morir, no ha tenido como responso, que yo sepa, más que una glosa, admirable como suya, del catalán Eugenio de Ors, "Xenius", en "La Veu de Catalunya" y el artículo del bilbaíno Ricardo Gutiérrez—Juan de la Encina—de que he citado aquí párrafos. Y estas líneas de otro bilbaíno, de otro vasco, que descansó su ánimo de las luchas en la contemplación de los cuadros de Regoyos, cuya dulce luz y suave verdor le despertaba en los redanos del alma verdes de la infancia, y que quiso a aquel hombre bueno, bueno, bueno, hecho de ingenuidad fraternal con un cariño que quería ser evangélico. Porque Regoyos fué uno de los que me enseñó la fraternidad universal, y que debemos querer no ya a los hombres, sino a las cosas, como queremos que ellas nos quieran. ¡Y cómo le abraza ahora a Darío, recorriéndole en su regazo, la verde madre tierra a la que él tanto amó! ¡Pobre Regoyos!

MIGUEL DE UNAMUNO.

